

THE MAGAZINE
OF THE CATHOLIC
DIOCESE OF
KNOXVILLE

The East Tennessee

Catholic Magazine

www.dioknox.org
SEPTEMBER 2020

9

La Cosecha

Dios nos mandó santificar las Fiestas: El Domingo es el Día del Señor

12

Parenting

Help your children face the uncertainties of the new school year

13

In the know with Father Joe

How do I deal with the anger I see on social media?

The

Cuzco
legacy

Children of Catholic art genre carrying on the family tradition



SACRIFICIO Y SACRAMENTO

La Misa es el sacrificio perfecto de Cristo de adoración, acción de gracias, expiación y petición

El propósito es lo que da un significado personal a cualquier esfuerzo y ayuda a formar y dirigir creativamente la energía de nuestro corazón. Sin él, las cosas se confunden y perdemos entusiasmo y compromiso. Por lo que es triste que más católicos no entiendan el propósito de la Misa. Muchos, quizás, son los que vienen a misa sin otra intención que pedir la ayuda de Dios y recibir a Jesús en la Sagrada Comunión.

Pero si la Eucaristía es un sacramento que recibimos, en primer lugar es un sacrificio que debe ser ofrecido, el sacrificio de Cristo que Él anhela que ofrezcamos “por Él, con Él, y en Él” al Padre. Este es el propósito de la Misa.

La Misa es un sacrificio. Un sacrificio perfecto de Cristo de adoración, acción de gracias, expiación, y petición ofrecido al Padre. Jesús es tanto el Sumo Sacerdote que ofrece y la Víctima que se ofrece en cada Misa. Y debido a que Él hizo por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos, Él quiere compartir con nosotros su sacrificio sacerdotal. La razón es que, como Cristo es “un sacerdote para la eternidad” (Hebreos 7:17, 21), compartimos su sacerdocio por la virtud de nuestro bautismo como miembros de su cuerpo místico. Grande, entonces, es nuestra dignidad como personas sacerdotales que están llamadas a compartir la ofrenda sacrificial de Cristo al Padre.

El propósito de la Misa se expresa con alegría en los versos del “Gloria” que recitamos o cantamos los domingos (fuera de las estaciones de Adviento y Cuaresma) y solemnidades. En este himno de gran alegría, que los ángeles continúan guiándonos a proclamar, se nos recuerda las cuatro razones por las cuales Cristo se ofreció en la cruz.

ADORACIÓN

“Gloria a Dios en el cielo... Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos...”

La adoración es la gloria que le damos a Dios en respuesta al gran regalo de su amor por nosotros: es nuestra respuesta a Dios que nos creó a su imagen, que nos llama a la comunión y a conocernos a nosotros mismos en Él. Pero debido a nuestra pecaminosidad, no podemos ofrecerle a Dios la alabanza y la gloria que le corresponde. Sólo Cristo como verdadero

Hombre ha ofrecido a Dios un sacrificio perfecto de adoración agradable y aceptable a Él. Es a su sacrificio perfecto que Jesús desea unir nuestra ofrenda. Pero debemos venir a Misa con la intención de ofrecer todo nuestro ser, nada menos.

Un pensamiento adicional. El hermoso himno de alabanza del profeta Daniel (Daniel 3:52-88) que la Iglesia reza los domingos y solemnidades en la “Liturgia de las Horas” nos recuerda que como pueblo sacerdotal también debemos dar a toda la creación su voz de alabanza a Dios en nuestro culto a Él.

ACCIÓN DE GRACIAS

“Te damos gracias por tu inmensa gloria, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso”.

La misma palabra “Eucaristía” significa acción de gracias. Y así como Cristo comenzó la última cena dando gracias al Padre, también, en el “Prefacio” que antecede a la “Oración Eucarística” nos invita a dar gracias. El diálogo entre el celebrante y los fieles, y el “Prefacio” que sigue sirve para preparar el sacrificio perfecto de Cristo de acción de gracias;

“¡Levantemos el corazón! / Lo tenemos levantado hacia el Señor / Demos gracias al Señor, nuestro Dios / Es justo y necesario”.

El “Prefacio” que el celebrante reza generalmente comienza con palabras como:

“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor” (Prefacio I de los domingos en tiempo ordinario).

Ya que es Cristo quien agradece a Dios en nuestro nombre, no hay mayor acto de acción de gracias que podamos ofrecer que en la Misa. Y para vivir mejor nuestra Misa, debemos esforzarnos por ofrecer gracias a Dios constantemente durante todo el día, por todas nuestras bendiciones, cruces y sufrimientos, y en cada sacrificio que estamos llamados a hacer.

EXPIACIÓN

“Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros”.

En cada Misa, Jesús se entrega a nosotros en la forma más increíble, ¡Quiere ofrecerse al Padre por medio de nosotros! Como el Cordero sacrificial de expiación por nuestros pecados, el Venerable Arzobispo Fulton Sheen dice: “Nuestro Señor es el Sacerdote y la Víctima; interpone Su sacrificio eterno entre nuestros pecados y Su gloria”. Pero además nos recuerda lo que debemos hacer:

“No es solo Jesús quien debe amar al Padre y expiar. Somos TODOS NOSOTROS. Cuando Jesús murió, fue para ser dignos de la fuerza para amar con Él y de hacer reparaciones con él. ¡Eso es lo que olvidamos! Dejamos a Jesús para que ame y repare solo. Por lo tanto [nosotros] hacemos inútil, inoperante, la reparación y el amor de Cristo”.

PETICIÓN

“Señor Jesucristo... recibe nuestra oración”.

Como nuestro gran Sumo Sacerdote, Cristo “esta siempre vivo para interceder por [nosotros]” (Hebreos 7:25). La Misa, como sacrificio de petición, es la oración de Cristo que intercede por nosotros cuando presenta al Padre todos los méritos de Su doloroso sacrificio en la Cruz por el amor de nosotros. No seamos la persona que viene a Misa y sólo le pide a Dios ayuda, sin la intención de primero participar en el sacrificio de adoración, agradecimiento, y expiación de Cristo.

La Misa no es simplemente un compartir del cuerpo y la sangre de Cristo. Lo más importante es que es compartir Su ofrenda sacrificial al Padre. Si somos invitados a recibir a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, es

“Vive en amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y ofrenda de suave aroma ante Dios”

—EFESIOS 5:2

porque Él nos invitó primero a participar en Su ofrenda sacrificial. Al recibir a Cristo sacramentalmente, Él nos nutre y nos fortalece con su vida y amor misericordioso para que podamos vivir mejor nuestra Misa, en la semana que viene, como un sacrificio vivo de amor a Dios y al prójimo.

La conclusión más apropiada con la que podemos terminar es la hermosa oración del Papa San Pío X, que espero sea parte de su preparación para cada Misa y como una ayuda diaria para vivir su Misa todos los días:

Padre Eterno, me uno a las intenciones y afectos de nuestra Señora de los Dolores en el Monte Calvario, y te ofrezco el sacrificio que tu amado Hijo Jesús hizo de sí mismo en la cruz, y ahora se renueva en este santo altar:

Para adorarte y darte el honor que se te debe a Ti, confesando tu dominio supremo sobre todas las cosas, y la dependencia absoluta de todo en Ti, quien eres nuestro único y último fin;

para agradecerte por los innumerables beneficios que he recibido;

para apaciguar tu justicia, suscitada contra nosotros por tantos pecados, y para restituirlos;

para implorar gracia y misericordia para mí, para (Nombre), para todos los afligidos, para los pobres pecadores, para todo el mundo y para las ánimas del purgatorio. Amén. †



OBISPO RICHARD F. STIKA
tercer obispo de Knoxville.

Dios nos mandó santificar las Fiestas: El Domingo es el Día del Señor

Si bien el tiempo de la pandemia en el que vivimos nos ha impedido a muchos volver a participar de manera presencial en la Santa Misa dominical, muchos obispos, como nuestro Obispo Richard Stika nos permiten cumplir con este mandamiento de la Iglesia asistiendo a la Misa los domingos mediante la transmisión en vivo por internet. Es muy importante que ahora más que nunca nos aferremos a Dios, nuestro creador, sí, pero sobre todo nuestro Padre amoroso que no nos abandona nunca, para adorarlo y bendecirlo y sigamos santificando el domingo como el Día del Señor.

A diferencia del pueblo judío que guarda el sábado, nosotros los cristianos guardamos el domingo. El Catecismo de la Iglesia Católica nos explica:

1166 “La Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón ‘día del Señor’ o domingo”. El día de la Resurrección de Cristo es a la vez el “primer día de la semana”, memorial del primer día de la creación, y el “octavo día” en que Cristo, tras su “reposo” del gran Sabbat, inaugura el Día “que hace el Señor” (Sal 118, 24), el “día que no conoce ocaso”. El “banquete del Señor” es su centro, porque es aquí donde toda la comunidad de los fieles encuentra al Señor resucitado que los invita a su banquete (cf Jn 21,12; Lc 24,30):

«El día del Señor, el día de la Resurrección, el día de los cristianos, es nuestro día. Por eso es llamado día del Señor: porque es en este día cuando el Señor subió victorioso junto al Padre. Si los paganos lo llaman día del sol, también lo hacemos con gusto; porque hoy ha amanecido la luz del mundo, hoy ha aparecido el sol de justicia cuyos rayos traen la salvación» (San Jerónimo, In die Dominica Paschae homilia).

1167 El domingo es el día por excelencia de la asamblea litúrgica, en que los fieles “deben reunirse para, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”.

«Cuando meditamos, [oh Cristo], las maravillas que fueron realizadas en este día del domingo de tu santa y gloriosa Resurrección, decimos: Bendito es el día del domingo, porque en él tuvo comienzo la Creación [...] la salvación del mundo [...] la renovación del género humano [...] en él el cielo y la tierra se regocijaron y el universo entero quedó lleno de luz. Bendito es el día del domingo, porque en él fueron abiertas las puertas del paraíso para que Adán y todos los desterrados entren en él sin temor».

Según el Padre Pío de Pietrelcina, cuya fiesta celebramos el 23 de septiembre, Jesús, en el altar, revive en su sacerdote indefinidamente su Pasión”.

Nos dice que en la **consagración**, se nos da el cuerpo de Cristo, entregado de nuevo ahora. Es místicamente la crucifixión del Señor, y por eso el Padre Pío sufría atrocemente en este momento de la Misa, durante la consagración.

En las **plegarias inmediatamente posteriores a la consagración** nos unimos enseguida con Jesús en la Cruz y ofrecemos desde este instante al Padre el sacrificio redentor. Es el sentido de la oración litúrgica inmediatamente después de la consagración.

La **doxología final, “Por Cristo, con Él y en Él...”**, corresponde al grito de Jesús “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...”. Desde este momento, el sacrificio es consumado y aceptado por el Padre. Los hombres desde ahora ya no están separados de Dios, se vuelven a encontrar unidos. Y esa la razón por la que a continuación de la doxología se reza el Padre Nuestro.

La **fracción del Pan** marca la muerte de Jesucristo.

La intinción es el momento en que el sacerdote, habiendo quebrado la sagrada hostia, símbolo de la muerte, deja caer una partícula del Cuerpo de Cristo en el cáliz de su preciosa sangre. Marca el momento de la resurrección, pues el Cuerpo y la Sangre se reúnen de nuevo y a Cristo crucificado y resucitado a quien vamos a recibir en la comunión.

Con la **bendición final de la Misa** el sacerdote marca a los fieles con la cruz de Cristo como signo distintivo y, a su vez, escudo protector contra las astucias del Maligno. Es también signo de envío y de misión como Jesucristo, tras su Pasión y ya resucitado, envió a sus apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos. †



Padre Julián Cardona, vicario de la parroquia Santo Tomás Apostol de Lenoir City predica la homilía en la Misa de clausura del Encuentro Diocesano en la escuela de secundaria católica Knoxville Catholic High School.